

# Crónica Literaria

Por ALONE

**La Novela Chilena, por Cedomil Goic (Universitaria, 1968).**— Discipulo de Mariano Latorre y de Ricardo Latcham, admirador de Vicente Huidobro, al que dedicó un estudio, pero que no tiene con ninguno de ellos la menor semejanza, el profesor Goic acaba de publicar sobre la novela en Chile un pequeño libro denso, de tipografía menuda, que en varios aspectos nos parece curiosísimo.

Constituye desde luego un caso de síntesis que llamaríamos heroica.

Enemigo de barrer para adentro y acumular nombres, fechas, títulos, aplica rigurosamente el principio de que pensar es simplificar y reduce el número de las obras y los autores representativos hasta un mínimo increíble.

¿Cuántos sumarán, bibliográficamente, las novelas y los novelistas nacionales?

Sospecho que varios miles. Basta haber atravesado alguna vez las salas de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional para sentir una especie de escalofrío ante la incontable y silenciosa multitud de ánimas en pena que en la penumbra de ese purgatorio aguardan inmóviles la llegada del Lector en gloria y majestad. Es toda su esperanza.

Pues bien, después de haber descendido a esos infiernos y tras una visita, sin duda, prolongada, porque el hombre es minucioso, vemos al profesor Goic regresar al mundo de los vivos acompañado únicamente de ocho personas, cada una de ellas con un solo libro. Nada más.

Es así como van desfilar ante nosotros, por estricto orden cronológico: don José Victorino Lastarria y su "Don Guillermo", don Alberto Blest Gana y "Martín Rivas", D. Vicente Grez y "El Ideal de una Esposa", don Luis Orrego Luco y "Casa Grande", Mariano Latorre y "Zurullita", Manuel Rojas e "Hijo de Ladrón", María Luisa Bombal y "La Última Niebla", José Donoso y "Coronación".

Nada de Eduardo Barrios, Augusto d'Halmar, Rafael Maluenda, Fernando Santiván, Luis Durand, Marta Brunet, Fernando Alegria, Joaquín Edwards, Garrido Merino, Salvador Reyes, Lazo Baeza, Benjamin Subercaseaux, González Vera, Iris, Shade, Elisa Serrana, María Elena Gertner, Enrique Lafourcade. . . Y sigue la lista. ¡Cuántos suprimidos u olvidados! ¿No teme el profesor Goic que sus victimas se junten un día y se presenten a pedirle cuentas?

Pero ya dijimos que su concisión es heroica.

Tal vez no los vería ni los escucharía. Aunque parezca extraño, la novela y los novelistas, el arte en general, su contenido de emoción o de belleza, los placeres que causa, los dolores que inflige, no son para el profesor Goic un asunto de primera importancia ni forman el objeto de sus preocupaciones. Más bien sirven de pretexto para introducir y traer a escena a una especie de personaje, una entidad abstracta, un procedimiento o sistema ideológico que aplica a modo de llave universal en todos los cerrojos de la casa de los libros.

Es el estructuralismo, principio y fin del interés que las letras le inspiran, verdadera razón de existir este ensayo, manifestación palpable de lo que suele denominarse deformación profesional.

Tal como denuncia el amor de los amantes la frecuencia con que a sus labios viene determinado nombre, aun el menos cuidadoso advierte el trascurso de este ensayo la insistente repetición de alusiones de la estructura y lo estructural. Citemos. La copia de frases pertinentes permitiría, además, apreciar la calidad de la extraordinaria jerigonza de tipo filosófico, rica en abstracciones y voces técnicas, que el autor emplea.

Abre la marcha "Don Guillermo", de Lastarria, bajo el rubro Estructura del Narrador. "El análisis de la estructura del narrador —dice— permite abordar la novela en uno de sus aspectos más significativos. . .". Le sigue Blest Gana: "Ley de especialidades o ley de estructura es en "Martín Rivas" la contraposición de la apariencia a la realidad esencial de las cosas y de los seres. . .". Continúa D. Vicente Grez: "Pero la transformación más importante, desde el punto de vista del narrador, que ironiza los términos del título, apunta

a la ley de estructura. . .". Sobre el mismo: "La estructura a que nos vemos afrontados en esta novela es la estructura de personajes en una de sus formas más singulares. . .". Ahora le toca el turno a Orrego Luco: "La estructura del narrador y el tipo de narración encuentran en "Casa Grande" la más acabada manifestación de la novela decimonónica en Chile". " . . . Posee (Casa Grande) una estructura espacial muy particular. No se trata solamente de una novela que se ordena en la suma de una serie de espacios reunidos en su diversidad para alcanzar una imagen de totalidad. La estructura espacial tiene en este caso la singularidad de presentarse como una estructura dinámica que muestra la evolución de un sector social observado primeramente en sus rasgos óptimos. Es decir, al lado de los significativos elementos espaciales, que impone su impronta al mundo narrativo, se concede especial significación al tiempo". "Las estaciones del año —en "Zurullita"— constituyen un soporte estructural que más que apuntar una mera cronología exterior es el animado índice de la mutación natural que va determinando de un modo estricto y precipitando los acontecimientos bajo la presión de los factores telúricos". "Las estructuras típicamente reveladas —en "Hijo de Ladrón"— son las del personaje. . . y las de espacio, la más corriente y de dominancia generalizada en toda la novela hispanoamericana". "La novela "Hijo de Ladrón" nos ofrece interesantes características en la estructura del narrador". Más adelante, pág. 142: "Tipo de narrar llamamos a la estructura promedio de las relaciones que guarda el narrador con lo narrado, el mundo, los personajes, el lector. . .". "Lo diferencial que aporta la estructura del narrador en esta novela es otro tipo de conciencia para la cual resulta caracterizadora la incertidumbre que nos dejan los sueños, la renuncia a toda determinación causal". "Tampoco "Coronación" se nos ofrece como una obra en la cual la estructura del narrador presenta rasgos especiales". Por fin, pág. 176, última del libro: "El juego de vida y muerte constituye la ley estructural del mundo cuya relación constante extiende sus proyecciones sobre los momentos significativos de la narración y engendra las interrelación e interdependencia de los diversos modos de existir a que nos hemos referido. Esta ley es una ley de especialidades: son sectores humanos los que aparecen como proyección de una realidad muriente y de una unidad vivificante".

Todo esto está muy bien y revela gran sabiduría. Incluso la endemoniada jerigonza sirve, porque hay que traducirla y ese trabajo hace pensar, cosa que nunca sobra. Lo malo es que la estructura, lo estructural y sus leyes infunden esperanzas que están lejos de cumplirse. Deberían explicarlo todo o casi todo: en realidad, no explican nada. Son una especie de quinta rueda que, en vez de facilitar, complica la marcha del pensamiento y agrega a los autores y sus libros una dimensión inútil, de tal modo que el lector acaba preguntándose con cierta impaciencia para qué lo habrán hecho trabajar tanto y que no valía la pena el esfuerzo. Ahora si el autor ha querido, como hacen los críticos, despertar el amor a la literatura chilena e impulsar a las nuevas generaciones a estudiarla y conocerla, mostrándole sus bellezas y sus placeres, mucho tememos que el resultado sea contrario a este propósito y que los estudiantes le cobren a nuestra novela y nuestros novelistas un santo horror como imagen de oscuras complicaciones y de teorías dudosas.

En realidad, lo único que resulta indemne y sobresale tras la lectura de este libro es la figura de su autor, tipo de estudioso especialista en toda su pureza, con la deformación profesional más respetable, inmensamente poseído de su dignidad y de una conmovedora certidumbre. Lástima hallarse tan lejos de la edad estudiantil, porque sería digno de verse el efecto que causan las lecciones del maestro y cómo opera este singular producto de laboratorio, elaborado en el Pedagógico y llamado Cedomil, sobre la mentalidad de los jóvenes de la nueva generación. Para nosotros, más que un intérprete de la novela es un excelente personaje de novela.